

**1. Leed los tres textos que hemos escogido. En todos los relatos, aparecen animales descritos desde el punto de vista humano. Escoged uno y reescribidlo poniéndooos en la piel de los animales (cambiando el punto de vista).**

- Utilizad la primera persona.
- Extensión: entre 15 y 20 líneas (letra 12)

**A. Microrrelato escondido de Carlos Fuentes: La marcha del caracol**

Me ibas a contar algún día, Elizabeth, que el caracol avanzó por la pared y tú, desde la cama, levantaste la cabeza y primero viste la estela plateada del molusco, la seguiste con la mirada tan lentamente que tardaste varios segundos en llegar al caparazón opaco que se desplazaba por la pared del cuarto del hotel. Te sentías adormilada y estabas ahí, con el cuello alargado y las manos escondidas en las axilas; sólo viste un caracol sobre el muro de pintura verde desflecada. Javier había manipulado las persianas y el cuarto estaba en penumbra. Ahora desempacaba. Tú, recortada en la cama, lo viste librar las correas de esta maleta de cuero azul, correr el zipper y levantar la tapa. Al mismo tiempo, Javier levantó la cabeza y vio otro caracol, éste vetado de gris, que permanecía inmóvil, escondido dentro de su caparazón. El primer caracol se iba acercando al detenido. Javier bajó la mirada y admiró el perfecto orden con que había dispuesto las prendas que escogió para el viaje. Tú doblaste la rodilla hasta unir el talón a la nalga y te diste cuenta de que había otro caracol sobre la pared. El primero se detuvo cerca del segundo y asomó la cabeza con los cuatro tentáculos. Tú te alisaste la falda con la mano y viste la boca del caracol, rasgada en medio de esa cabeza húmeda y corneada. El otro caracol asomó la cabeza. Las dos conchas parecían hélices pegadas a la pared y derramaban su baba. Los tentáculos hicieron contacto. Tú abriste los ojos y quisiste escuchar mejor, microscópicamente. Los dos cuerpos blancos y babosos salieron lentamente de las conchas y en seguida, con el suave vigor de sus pieles lisas, se trenzaron. Javier, de pie, los miró y tú, recostada, soltaste los brazos. Los moluscos temblaron ligeramente antes de zafarse con lentitud y observarse por un momento y luego regresaron sus cuerpos secos y arrugados a las cuevas húmedas del caparazón. Alargaste la mano y encontraste un paquete de cigarrillos sobre la mesa de noche. Encendiste uno, frunciste el entrecejo. Javier sacó de la maleta los pantalones de lino azul, los de lino crema, los de seda gris y los estiró, pasó la mano sobre las arrugas y los colgó en los ganchos que sonaron como cascabeles de fierro cuando abrió el armario del año de la nana, los corrió, escogió los menos torcidos y regresó a la maleta detenida sobre el borde de la cama. Tú observaste todos sus movimientos y reíste con el cigarrillo apoyado contra la mejilla.

—Cualquiera diría que piensas quedarte a vivir aquí.

## **B. La migala. Juan José Arreola**

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Peor que el desprecio y la conmiseración brillando de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar. Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a la casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de aquella caja iba el infierno personal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto. Pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme en la cama. A veces el silencio de la noche me trae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la casa. He llegado a pensar también que acaso estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa migala. Tal vez el saltimbanqui

me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.

Pero en realidad esto no tiene importancia, porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. En las horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la migala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía imposible.

### **C. Gerardo Nicolau, “La mudanza”**

El perro vio oscurecer el día. Primero, las sombras crecieron en el interior de la casa hasta que la completa oscuridad le dejó una sensación de vacío. Normalmente, durante la noche lo solían dejar allá arriba. Sabía que era lo que le tocaba. No le asustaba ni molestaba quedarse solo allá arriba porque solía escuchar los ruidos de la 7 familia. Alguna silla se arrastraba. Algunas puertas se cerraban. Los ronquidos del padre mecían la noche. La oscuridad respiraba. Estaba viva y se despertaba cada día. Wilson no vio diferencia a la mañana siguiente. No había escuchado nada durante toda la noche y el silencio era similar. Aguardó unos instantes a que alguien subiera y le pusiera el almuerzo como pasaba de forma habitual, pero nadie subió. Cogió con la boca un libro que había encontrado cerca del baúl que los niños habían dejado en el balcón. Lo estuvo mordisqueando un rato. Aquello le quitó el hambre. Acto seguido, decidió asomar el hocico por la puerta entreabierta que daba a la escalera. Salió y se asomó por en medio de los barrotes de la baranda. Al mirar hacia abajo, vio aquella cáscara de caracol muerta y extraña, pero no percibió ni un eco de voz. Bajó por las escaleras trepando por algún mueble que había quedado tumbado en el suelo. Se tomó la libertad de entrar en las otras plantas de la casa. Husmeó en las diferentes salas para encontrar a su familia con las orejas bien levantadas, pero fue en vano. No se escuchaba ni el reloj que normalmente bailaba al ritmo del tiempo durante la mañana, cuando todos solían estar fuera. Finalmente, salió de la casa. La puerta estaba abierta. Una vez en la calle, el aire alborotó las hojas de los libros que todavía estaban en el suelo. El perro volvió a tener hambre, pero esta vez, únicamente olfateó las hojas y luego, las piedras del camino. Reconoció a los niños. El aire continuó su recorrido, acarició unas hierbas y después subió, agitando las puertas rotas de unas ventanas. El perro descendió el camino con el hocico pegado al suelo. Demasiados olores impregnaban su olfato. Tenía sed. Podría beber en la orilla del río. Antes, debía atravesar la nueva carretera. La brisa volvió, pero esta vez más leve. Un nuevo olor le hizo elevar la

cabeza. Justo delante de él, en ese campo de asfalto, se encontró con la 8 figura de un animal. Era más o menos de su tamaño y su pelaje tenía un distinguido color dorado. Pensó en correr hacia él o simplemente en gruñirle. No pudo. Un ruido lo empujó secamente contra el asfalto. Antes de caer al suelo vio un trozo de cielo y al caer, se quedó mirando el antiguo pueblo sin poder escuchar nada. El animal que había visto se fue acercando hacia él. El brillo del pelaje se fue apagando. Al final, tan solo veía cómo una silueta iba caminando hacia él. Quiso olerlo, pero el olfato estaba impregnado por el charco de su propia sangre. La brisa, fuerte de nuevo, zarandeó su pelaje. Siguió su recorrido por la hierba y luego, fue elevándose por las estrechas calzadas del antiguo pueblo.